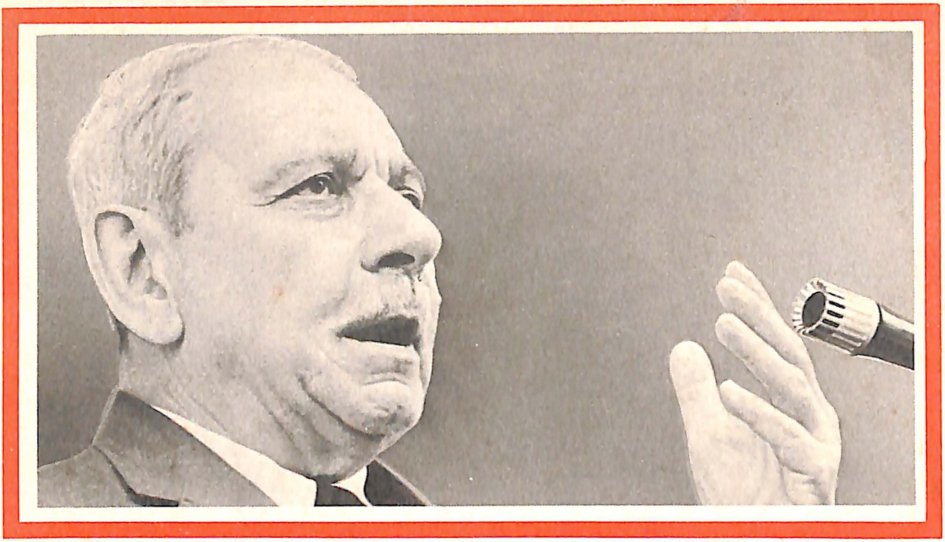

Para la Historia

Por Samuel E. Badillo

La historia de la separación del Gobernador Sánchez Vilella del Partido Popular y de Luis Muñoz Marín

Para la Historia

Por Samuel E. Badillo

La historia de la separación
del Gobernador Sánchez Vilella
del Partido Popular
y de Luis Muñoz Marín

En la asamblea de Mayagüez, Muñoz Marín puso toda su fe en Sánchez Vilella. Fué defraudado.

Unas Palabras del Autor

Con excepción del primero, los artículos que forman este pequeño libro fueron publicados originalmente, en el mes de agosto de 1968, en el periódico "El Mundo".

Como expliqué entonces, me decidí a escribirlos porque, ante las graves circunstancias del momento y en una época de su historia sobre la cual se ha escrito muy poco, el país tiene derecho a conocer su pasado y a hacer sus propias conclusiones sobre el porvenir. Así ha de ser, si hemos de atenernos a las sabias palabras que Cervantes puso en labios de Don Quijote, en el sentido de que la historia es no sólo "depósito de acciones y testigo del pasado", sino también "ejemplo y aviso del presente y advertencia de lo porvenir".

Al escribir estos artículos, he estado consciente de la grave responsabilidad que conlleva escribir para la historia. He tratado en conciencia de seguir el consejo de Ricardo Palma de que "los sucesos, como el agua, hay que beberlos en la fuente", ciñéndome a acontecimientos y hechos de los cuales fuí testigo o participante y a otros de los cuales tengo el más confiable conocimiento.

Samuel E. Badillo

Caparra, Puerto Rico
agosto de 1968

1

El Disloque

En la noche del viernes, 2 de agosto de 1968, el Gobernador Roberto Sánchez Vilella anunció que había adquirido la franquicia electoral del Partido del Pueblo y cortó bruscamente los últimos tenues hilos que lo unían al Partido Popular Democrático que, a propuesta de don Luis Muñoz Marín, lo había llevado a la gobernación, con medio millón de votos, en las elecciones generales de 1964.

Con esta acción del Gobernador, Puerto Rico se vió frente a una situación sin precedente histórico o constitucional. Y el Partido del Pueblo, que no había concurrido a unas elecciones, se encontró inesperadamente con un Gobernador en La Fortaleza y con la dirección de algunas agencias e instrumentalidades del Gobierno en sus manos. La ironía de esta insólita situación estaba en que el partido de gobierno se encontró, en medio de una importante campaña política, sin la vasta maquinaria gubernamental que había creado; mientras el hombre que acababa de abandonarlo estaba a la cabeza de la misma y tenía en sus manos el control de un presupuesto de más de 800 millones de dólares al año.

Irónico también fue el hecho de que el poder pasó, momentáneamente al menos, de manos del Partido Popular, al cual medio millón de puertorriqueños se lo había confiado en las elecciones de 1964, a un partido que no sólo no había concurrido a unas elecciones, sino que también era un partido "sobre el papel"; esto es, una colectividad sin electores. (Una encuesta realizada a mediados de mayo de 1968 así lo había revelado. Entre los varios miles de electores entrevistados no apareció uno solo que dijera favorecer al Partido del Pueblo.)

Esta era la situación cuando comencé a publicar en "El Mundo" la serie de artículos que se reproduce a continuación. La "adquisición" del Partido del Pueblo por el Gobernador Sánchez Vilella causó, como era de esperarse, hondas preocupaciones en el seno del Partido Popular. Y, por las circunstancias en que se realizó, también fue motivo de alarma en todo el país, que ya estaba preocupado por las tácticas de virulencia que habían asomado su grotesco rostro durante la campaña del Gobernador.

Lo que preocupaba al país, más que nada, era el rumor de que el Gobernador había pagado "una cuantiosa suma" por el Partido del Pueblo. La tradición democrática del pueblo puertorriqueño no conocía este tipo de alegada transacción política.

Las especulaciones de que el Gobernador había "comprado" el Partido del Pueblo, como las anteriores sobre su vida personal, habían circulado profusamente por todo el país desde antes de que se consumara la transacción que entregó a Sánchez Vilella, incondicionalmente, el control de dicho partido; pero no fue hasta el sábado, 3 de agosto de 1968, que salieron a la luz pública. En uno de los editoriales de ese día, el periódico "The San Juan Star" declaró:

"La primera tarea importante que él (Sánchez) tiene no es la organización de su nuevo partido o la redacción de su plataforma —será contestar la acusación de que él y sus seguidores se compraron, para sí mismos, un partido político".

Ese mismo día, el columnista Miguel A. Santín comentó en su columna *Trasfondo,* en "El Mundo", el rumor de que el Gobernador había pagado "una cuantiosa suma" por el Partido del Pueblo; y una estación de radio de San Juan informó, repetidamente, que el precio pagado era de $200.000.

Evidentemente preocupado por esas aseveraciones, el Gobernador se reunió ese día con los directores de los diarios principales. Negó que hubiera comprado el Partido del Pueblo. Cuando se le presionó para que dijera si era verdad que se le había pagado $100,000 a los ocho fundadores del Partido del Pueblo, se limitó a decir: "Eso no es verdad". Las especulaciones, no obstante, habrían de continuar.

Con la mudanza de las tiendas políticas del Gobernador, llegó a su fin la historia de su rompimiento con el Partido Popular y de su separación de su mentor y amigo, del hombre que lo respaldó y alentó con toda la fuerza de su gran prestigio y popularidad y que, finalmente, lo nominó para que fuera su sucesor en la gobernación— Luis Muñoz Marín.

En los artículos que siguen examinaré los acontecimientos que condujeron a esta increíble situación, comenzando de inmediato a explicar los sucesos que sirvieron de telón de fondo al drama, uno de los más intensos y apasionantes en la historia política de nuestro país.

2

Telón de Fondo

A mediados de 1960, Muñoz Marín llamó a dos de sus hombres de mayor confianza— Roberto Sánchez Vilella y Luis Negrón López— y les encomendó la preparación de un nuevo reglamento para institucionalizar el Partido Popular. Este reglamento, que fue aprobado por la asamblea del Partido en 1960, dió representación obligatoria a los jóvenes en los organismos centrales y locales del Partido; y sustituyó la presidencia de un solo hombre por un gobierno colegiado, la Comisión Presidencial.

Estas medidas fueron iniciadas y propulsadas por el propio Muñoz, quien para entonces tenía 62 años de edad, de los cuales había dedicado 42 intensos años a la política— primero, de muy joven, como compañero de Santiago Iglesias; luego, después de un lapso de varios años de bohemia literaria fuera de Puerto Rico, como líder del Partido Liberal; y, finalmente, como fundador y presidente del Partido Popular Democrático, que fundó en 1938 con la ayuda de un puñado de intelectuales, campesinos y obreros. Llevaba, pues, 20 años a la cabeza del poder— los primeros 8 como Presidente del Senado y los últimos 12 como Gobernador.

En 1960, Muñoz se sentía ágil y vigoroso, pero ya estaba pensando en el momento en que habrían de transferirse a otros las obligaciones y responsabilidades institucionales. Pensaba, muy especialmente, en los caminos que había que ensancharle a la juventud. Como estudiante de la historia, sabía de las angustias por que tuvieron que pasar otros pueblos y otras instituciones que no se prepararon para la inevitable transición de poderes.

El plan de Muñoz para la institucionalización del Partido Popular habría de llevarse a cabo por etapas y se completaría cuando el Partido estuviese en posición de no apoyarse tan predominantemente en la figura de su fundador y líder. Habría de esperar, pues, otros 4 años para dar el paso de su retiro de la gobernación. La sustitución de la presidencia de un solo hombre por un gobierno colegiado se había puesto en vigor inmediatamente después de aprobado el reglamento de institucionalización en 1960.

Como resultado de estos acontecimientos, comenzó a especularse desde 1960 en el sentido de que Muñoz se estaba preparando para retirarse de la gobernación cuando se cumpliera, en 1964, su cuarto término como el primer Gobernador electo por los puertorriqueños.

3

"Los 22"

Después de su reelección en los comicios de 1960, Muñoz Marín volvió a La Fortaleza decidido a alentar a los jóvenes que, con razón, habían estado reclamando una mayor participación en los asuntos del Partido.

Algunos de estos jóvenes eran idealistas, ansiosos de incorporarse constructivamente a las tareas institucionales y dispuestos a hacer sacrificios en su servicio a Puerto Rico; otros eran jóvenes visiblemente impacientes, que ansiaban llegar al poder a toda prisa. A unos y a otros, Muñoz les abrió las puertas de La Fortaleza. Los alentó y los aconsejó, y quiso sazonar con la sabiduría de su experiencia la cosecha de idealismos y la tormenta de impaciencias.

A la cabeza de "los 22" —como fue conocido el más militante de los grupos de la nueva hornada— estaba para aquella época un joven de vivaz inteligencia y gran ambición política, Juan Manuel García Passalacqua. Manejaba con singular destreza una doble función: por un lado era uno de los ayudantes y subalternos de Muñoz en La Fortaleza y, por el otro, se había convertido en uno de los más influyentes consejeros de Sánchez Vilella en la casa de al lado, el Departamento de Estado.

El grupo de García Passalacqua propulsaba la candidatura de Sánchez para la gobernación y se distinguió por sus actitudes facciosas y hostiles hacia Muñoz Marín. Esta situación se trajo a la atención de Muñoz en varias ocasiones, aconsejándosele que debía separar la cizaña del trigo. Muñoz se negó a separar a García Passalacqua de su cargo de confianza.

Uno de los primeros jerarcas del Partido Popular en darse cuenta de esta situación fue el Senador Luis Negrón López. Expresó su preocupación durante una reunión que se celebró para discutir los planes de la campaña de 1964 y en la cual estuve presente. Cuando

alguien mencionó las ofensas que el grupo de García Passalacqua estaba profiriendo contra Muñoz, el Senador Negrón dijo, refiriéndose a ese grupo en particular:
—¡Unjú! Esos no son jóvenes idealistas... ¡son jóvenes artillados!

Francamente decepcionados por las tácticas de los militantes, muchos de los fundadores de "los 22" se retiraron del grupo. Entre ellos estaba Melo, la hija menor de los esposos Muñoz-Mendoza. Así fue cómo, cuando la campaña de 1964 tocaba a su fin, el grupo estaba dominado por los "artillados", que habían tomado posiciones alrededor de su candidato a la gobernación, Roberto Sánchez Vilella, a quien algunos de ellos veían como un medio para saltar al poder. Las guerrillas de García Passalacqua se hicieron cargo de la campaña de Sánchez. Y en enero de 1965, cuando éste tomó posesión del cargo de Gobernador, una de sus primeras acciones fue prescindir de los servicios de Heriberto Alonso, quien había sido el principal ayudante de Muñoz, y nombrar en su lugar a García Passalacqua, al mismo tiempo que otros jóvenes activistas tomaban sus posiciones en la Legislatura y en la rama ejecutiva. La joven señora Jeannette Ramos Buonomo fue nombrada ayudante del nuevo Gobernador, a cargo de los asuntos legislativos, poco después.

Estos acontecimientos, como se verá más adelante, habrían de ejercer una notable influencia en las actitudes del Gobernador y, finalmente, habrían de provocar sucesos de gran trascendencia para todo el país. Los jóvenes artillados ya no se ocultaban para hacer sus ataques a Muñoz Marín; ahora los hacían a viva voz, si no con la anuencia, con el inexplicable silencio de Sánchez Vilella.

4

"El Elegido"

A media tarde del 9 de enero de 1963, una triste noticia conmovió a Puerto Rico, corriendo como un aletazo eléctrico por el espinazo de La Cordillera: Ernesto Ramos Antonini había muerto.

Ramos había dejado huella en la historia de su tiempo en Puerto Rico. Había sido uno de los fundadores del Partido Popular y había ocupado por 15 años, honrándola, la presidencia de la Cámara de Representantes. Era el más brillante orador político de su época, hábil polemista y estratega legislativo. Era un talentoso mediador

y hombre de gran sensibilidad humana— artista y músico, ameno conversador y formidable anecdotista.

Tan sólo habían transcurrido tres años y unos meses desde la muerte de Ramos Antonini cuando su agraciada hija mayor, Jeannette, contrajo matrimonio por tercera vez.

Estos dos hechos —la muerte de Ramos y la tercera boda de su hija— seguramente hubieran pasado a la historia como inconexos entre sí, a no ser porque Jeanette se casó con Roberto Sánchez Vilella, el hombre de quien su padre había dicho que, bajo ninguna circunstancia, debía llegar a ser Gobernador de Puerto Rico.

Pude comprobar personalmente que Ramos no estaba dispuesto a tolerar que Sánchez fuera el sucesor de Muñoz en La Fortaleza, si en sus manos estaba evitarlo. Lo oí de sus propios labios un lunes por la mañana, en noviembre de 1962, cuando vino a verme en mi despacho. Tomó asiento en una butaca roja, frente a mi mesa de trabajo, y me preguntó por una acuarela de Sureda que colgaba de la pared. Ramos recordó, nostálgicamente, los tiempos en que él y Muñoz peregrinaban por similares parajes, conversando y bebiendo café prieto con los jíbaros en los bateyes. La pintura resultó ser una coyuntura.

—He venido, amigo Badillo— comenzó diciéndome— a hablarle de algo que me preocupa.

Cruzó las manos sobre el pecho, nítidamente enfundado en dril de inmaculada blancura, y continuó:

—Muñoz Marín es el hombre más grande que tiene Puerto Rico y no puede haber la menor duda de cómo yo lo admiro y respeto. Aún cuando me ha reprendido en público, yo he aceptado con humildad su reproche. Ahora, no obstante, hay algo que no podría tolerar.

Se le quebró la voz, momentáneamente, y cuando le pregunté qué le estaba preocupando, me contestó con dos palabras:

—El elegido.

Como adivinara, por la expresión de mi rostro, que no le había entendido, se explicó:

—He sabido, de buena tinta, que Muñoz ha elegido a Roberto Sánchez para que sea su sucesor en La Fortaleza.

Volvió a quebrársele la voz, y continuó:

—Y eso, amigo Badillo... ¡eso yo no lo puedo tolerar! Con todo lo que respeto a Muñoz, no lo podría aceptar, porque dividiría el

Partido y le haría daño a Puerto Rico.

Agregó que, en buena lógica, a muchos les parecería que la selección de Sánchez como sucesor de Muñoz era explicable. Seguramente, dijo, Muñoz estaba tratando de asegurar la continuidad de su obra, impulsando hacia la gobernación a un hombre de su entera confianza, familiarizado con el *modus operandi* del Gobierno y con los mecanismos del Partido Popular.

—Estoy seguro— continuó diciendo— que Muñoz no se ha dado cuenta de las consecuencias que tal paso tendría en la vida del Partido.

Y, como si quisiera que yo no pusiera en tela de juicio sus motivaciones, afirmó:

—Quiero que sepa que no aspiro a ser Gobernador. Lo que me preocupa es el Partido. Si Muñoz propone al elegido, no tendré más remedio que oponérmele.

Se levantó y se alejó de mi despacho, despidiéndose de las secretarias con ligeras inclinaciones de la cabeza. Yo hice mis anotaciones— como suelo hacerlo cada vez que me ocurre algo que considero importante— y me quedé pensando por qué el ilustre hombre había venido a confiarme sus pensamientos.

Ramos y yo éramos amigos, pero no íntimos. Nos veíamos con alguna frecuencia durante las campañas políticas, pero fuera de esto nuestra relación era poco frecuente. Pensé, pues, que conociendo mi amistad con Muñoz, había querido hacer llegar a éste, por mediación mía, una advertencia y un consejo. No obstante, nunca, hasta muy recientemente, le hablé a Muñoz del asunto.

Como cuestión de hecho, guardé la confidencia de Ramos Antonini hasta después de su muerte. Fue a mediados de 1964, mientras conversaba con Sánchez Vilella en el Departamento de Estado, que le narré a éste lo sucedido. Cuando hube terminado, Sánchez tomó su pipa, comenzó a rellenarla con picadura de tabaco y me dijo muy casualmente:

—Mira, Muñoz nunca me ha hablado a mí de que él quiera que yo sea Gobernador.

Y, como si el tema de la conversación no le interesara en lo más mínimo, continuó hablando de otra cosa.

Sólo en el plan de Dios estará escrito lo que hubiera sucedido al año

siguiente de no haber muerto Ramos Antonini en el momento en que se proponía dar la batalla de su vida— la batalla contra "el elegido".

¡Ahora o Nunca!

A fines de 1963, en preparación para la campaña electoral del siguiente año, Muñoz Marín nombró un grupo informal de asesores que pasó a conocerse como el Grupo de Jájome, por el hecho de que fue organizado en una reunión de dos días que tuvo lugar en las alturas de Jájome— frente al largo paisaje que comienza en las estribaciones de La Sierra y va a rematar en las aguas del litoral sur de la Isla.

La función del grupo era asesorar a Muñoz en su campaña personal. Lo componíamos Roberto Sánchez Vilella, Luis Negrón López, Santiago Polanco Abreu, Heriberto Alonso, Gustavo Agraít y yo. Nos reuníamos cuando menos una vez en semana y, ocasionalmente, con Muñoz. Se trabajaba en un ambiente de entusiasta compenetración. El Partido tenía, a su vez, un comité especial de campaña. Muñoz se reunía con ambos grupos, separadamente, y nutría su sabiduría política con los consejos de ambos.

En aquellos días, cuando se hablaba del *rol* de las relaciones públicas en la política, Sánchez decía invariablemente que no acababa de entender "aquella cosa", como las llamaba. Como cuestión de hecho, evadía entonces a los periodistas. En una ocasión, un reportero de "El Mundo" le hizo doce preguntas. A todas ellas contestó: "No se" o "No tengo comentarios".

A pesar de las crecientes especulaciones de que Muñoz estaba pensando en retirarse de la gobernación, el tema nunca fue objeto de discusión ni de comentarios en las reuniones del Grupo de Jájome. El propio Muñoz no había dado indicio alguno sobre sus intenciones, ni habría de darlo hasta tres días antes de la asamblea de nominaciones del 16 de agosto en 1964 en Mayagüez.

Para los miembros del grupo, como para todo el país, había pasado desapercibido un hecho significativo. Cinco días antes de la asamblea, Muñoz dió un claro indicio de que estaba considerando reti-

rarse. Cumpliendo con una nueva disposición reglamentaria del Partido Popular— que obliga a cualquier candidato a un cargo electivo que hubiere servido por dos términos o más a buscar la dispensa de los comités si desea postularse nuevamente— Muñoz dirigió una extensa carta a todos los miembros de comités.

La mayoría de la gente vio en la carta una señal de que Muñoz volvería a postularse, pasando por alto un hecho que insinuaba todo lo contrario— la carta no señalaba las razones en favor de un nuevo término, sino los argumentos en contra de ello.

A pesar de la carta, más de 2,500 miembros de comités votaron para autorizar a Muñoz a postularse nuevamente; y sólo unos 90 votaron en contra, seguramente porque habían entendido los argumentos de Muñoz contra un nuevo término.

Obtenida la dispensa, Muñoz invitó al Grupo de Jájome a reunirse con él por última vez antes de la asamblea de Mayagüez. Los que integrábamos el grupo sospechamos que el Gobernador se traía algo importante entre manos.

Cuando llegamos a Jájome —el jueves, 13 de agosto de 1964— Muñoz no había llegado. Estábamos allí Sánchez Vilella, Polanco Abreu, Alonso, Agraít y yo. Negrón López no pudo asistir a esta reunión. Muñoz Marín llegó a Jájome a eso del mediodía, pero no se unió al grupo. No habría de hacerlo hasta el atardecer y no dió indicio alguno, de inmediato, de que se proponía discutir con nosotros el asunto de la gobernación.

Mientras Muñoz trabajaba con sus ayudantes, los del Grupo de Jájome estábamos reunidos en la biblioteca, conversando sobre la fase final de la campaña, que habría de iniciarse inmediatamente después de la asamblea de Mayagüez.

Al anochecer, todos nos sentamos a la mesa para disfrutar una de las sabrosas comidas de doña Inés —arroz blanco, garbanzos guisados, fricasé, guineitos maduros fritos rociados con queso, dulce de lechoza en almíbar con queso de la tierra, y café prieto, todo ello amenizado por un buen vino de solera.

Muñoz y doña Inés ocuparon las cabeceras de la mesa, adornada en su centro con un mazo de lirios rojos silvestres, de los que crecen en la vertiente de La Cordillera. Sánchez se sentó a la izquierda de Muñoz y Polanco Abreu tomó asiento a la derecha.

Fue a la hora del postre que Muñoz trajo el tema de la gobernación.

—Algunas personas creen —dijo— que yo debo retirarme. ¿Qué creen ustedes?

El primero en expresarse fue Polanco Abreu. Y, uno a uno, los demás fuimos exteriorizando nuestras opiniones, con excepción de Sánchez Vilella. Doña Inés exhortó a su marido, con palabra emocionada, a no volver a La Fortaleza.

Habiéndose expresado todos, menos Sánchez, Muñoz se volvió a éste y le preguntó:

—Y tú, ¿qué opinas? Sánchez Vilella estaba visiblemente tenso. Su contestación fue breve, precisa y cortante:

—Si usted quiere que yo sea gobernador, le diré que, si no lo soy ahora, no lo seré nunca.

Sánchez no había contestado la pregunta de Muñoz. Cuatro años después, durante la campaña de candidaturas, habría de declarar: "Yo no solicité el cargo de Gobernador. Me lo ofrecieron."

Muñoz escuchó la categórica contestación sin inmutarse. Poco después se levantó, tomó a Sánchez del brazo y lo condujo a la terraza de Jájome, en donde los dos hombres conversaron largamente.

Era fácil advertir, según caminaban hacia la terraza, el gran cariño que Muñoz sentía por Sánchez. Eran, en la más noble acepción de la frase, "como uña y carne". Se explicaba. Sánchez había sido por muchos años el hombre de confianza de Muñoz Marín — primero, como su ayudante en la presidencia del Senado; después de la primera elección de Muñoz a la gobernación, como Secretario Ejecutivo de Puerto Rico; y, finalmente, después de aprobada la Constitución, como primer Secretario de Estado de Puerto Rico.

La misión de Sánchez, en esa época larga e intensa de su vida, no sólo fue la de analista y confidente; Muñoz llegó a quererlo como a un hijo.

Luego supe lo que había sucedido en la terraza de Jájome. Muñoz le había confiado a su discípulo, por primera vez, que había decidido no volver a la gobernación y le comunicó que había pensado proponerlo a él (a Sánchez) como su sucesor. Le dijo, no obstante, que había que cerciorarse de antemano de que el retiro de Muñoz no causaría una situación con la cual fuera imposible bregar en la asamblea; y le encomendó que hiciera un tanteo de los jefes de las delegaciones más importantes y le informase los resultados. Muñoz

estaba seguro de que Sánchez le informaría el resultado de su gestión, aunque el mismo le fuera adverso. Tal era la confianza que tenía en su discípulo preferido.

Terminada la reunión en la terraza, Sánchez regresó al grupo y, acercándose a mi, puso una mano sobre mis hombros y dijo: —No se ha decidido nada. Cuando se decida, te lo diré.

Pude advertir que había desaparecido la tensión que habíamos notado en él a la hora de la comida. Mientras me hablaba, una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

Todo lo que aquí narro lo comprobé al día siguiente con otros miembros del Grupo de Jájome.

"¡Se Puede!" 6

Sánchez se trasladó a Mayagüez en la mañana del sábado, 15 de agosto, acompañado de Heriberto Alonso. Del aeropuerto se trasladaron, con Raúl Gándara y otros líderes que los esperaban, al sitio en que habría de celebrarse la asamblea, el parque de pelota Isidoro García. Fue allí donde Sánchez le expresó a Alonso, por primera vez, una preocupación que comenzaba a atormentarlo: no estaba seguro de que Muñoz se mantendría firme en su decisión de no volver a la gobernación. Poco después, Sánchez comenzó a explorar los sentimientos de los jefes de delegaciones. Le ayudaron en esta tarea Luis Negrón López y Santiago Polanco Abreu.

Muñoz llegó a Mayagüez a las 4:45 de la tarde del mismo día — sábado, 15 de agosto de 1964. Con doña Inés, se aisló en sus habitaciones en el hotel Mayagüez Hilton y dió instrucciones de que no quería ver a nadie. Tenía hechas sus decisiones y se preparaba para confrontarse al día siguiente con la historia. Se retiró a dormir a las 9:45 de la noche.

Mientras Muñoz dormía, tres hombres estaban reunidos en otra parte del hotel. Eran Sánchez Vilella, Negrón López y Polanco Abreu. Allí prepararon un minucioso guión para la asamblea y trazaron la estrategia a seguirse ante todo posible acontecimiento. Los tres ya habían visto a los jefes de 17 delegaciones, explicándoles la situación, aunque en forma cautelosa. La gran mayoría de los 3,000

delegados, no obstante, estaba completamente ajena a lo que iba a suceder.

En un aparte con Alonso, Sánchez volvió a expresar su duda atormentadora: creía que Muñoz se iba a arrepentir.

Evidentemente, no le parecía difícil que un hombre se arrepintiera de su decisión de no postularse para Gobernador.

Si la memoria de Alonso le sirve bien, Sánchez no reciprocaba en aquel momento la confianza que Muñoz ponía en él. Un fenómeno digno de estudio comenzaba a apuntar en la mente del futuro Gobernador.

El domingo, 16 de agosto, día de la asamblea, Muñoz Marín se levantó a las 5:45 de la mañana. Poco después se fue a la piscina del hotel. Allí se le unió Sánchez Vilella. Antes le había repetido a Alonso, por tercera vez, su grave e infundada duda — temía que Muñoz iba a dejarlo en el aire y que él (Sánchez) haría "un papel ridículo" en la asamblea. Lo que sucedió unos momentos después probó que Sánchez no tenía la más mínima razón para dudar.

En un aparte junto a la piscina, ambos hombres —Muñoz y Sánchez— sostuvieron un decisivo diálogo de seis palabras:

—¿Se puede?— preguntó Muñoz.

—¡Se puede!— contestó Sánchez.

—¡Pues, adelante!

No fue necesaria una palabra más. Estaba escrito que Sánchez Vilella sería el próximo Gobernador de Puerto Rico.

Desde la piscina, Muñoz y Sánchez se trasladaron al cuarto del primero, en donde desayunaron. Allí se les unió Alonso. Muñoz les pidió que hablaran con los otros candidatos a puestos sujetos a la nominación de la asamblea.

Ese mismo día, Sánchez le ofreció a Negrón López la Secretaría de Estado, pero Negrón no estaba dispuesto a aceptarla. Quería seguir en la Legislatura porque allí, dijo, "me siento como en mi casa".

A las 9:45 de la mañana, Sánchez y Alonso bajaron al cuarto 431 y le informaron a Polanco Abreu que Muñoz deseaba que él aceptase la nominación para Comisionado Residente en Washington. De primera intención, con lágrimas en los ojos, Polanco rechazó la nominación. Dijo que había echado sus "raíces" en Puerto Rico y que

aquí quería quedarse. Finalmente, ante la insistencia de Sánchez, aceptó.

A las 11:01 de la mañana, Sánchez Vilella y Negrón López, que en aquella época eran íntimos amigos y eficaces colaboradores, salieron juntos hacia el parque Isidoro García.

A las 11:51, Muñoz salió del hotel y se encaminó hacia el parque de pelota, acompañado por doña Inés y Alonso. Allí lo esperaba una ensordecedora ovación de los 15,000 populares que llenaban el parque.

Cuando Muñoz declaró abierta la asamblea con un rotundo y sonoro malletazo, se descorrió el telón de uno de los grandes dramas de nuestra historia política.

Si fueron trascendentales los acontecimientos que allí ocurrieron, los que habrían de ocurrir durante los tres años siguientes habrían de ser de igual o mayor trascendencia. Como dijo Thomas Mann en sus *Historias de Jacob*:

"Historias que han terminado mal han tenido su momento de gloria y no hay que considerarlas sólo por su desenlace; sus instantes sucesivos son tan importantes como el desenlace".

7 El Drama de Mayagüez

En el parque Isidoro García el ambiente era de gran expectación. La sola esperanza de que Muñoz aceptaría permanecer en la gobernación bastaba para reverdecer los ánimos de los 15,000 populares allí presentes. Los más entusiastas eran los jíbaros que punteaban las tribunas — con sus rostros nobles, sus camisas blancas almidonadas y sus sombreros de felpa. El clamor general era: "¡Necesitamos que don Luis siga... cuatro años más!"

Poco después de pronunciar las palabras de apertura, Muñoz dijo:

"Yo no me voy. Yo vuelvo..." Una ensordecedora ovación ahogó estas palabras. Los delegados las habían interpretado como queriendo decir que su líder volvería a la gobernación. Al darse cuenta de ello, Muñoz explicó su propósito:

"Volveré a los bateyes, a las plazas, al alma de Puerto Rico. Volveré a donde comencé a hacerle mis servicios al bueno, al noble pueblo de Puerto Rico".

Nuevamente, las palabras de Muñoz fueron ahogadas por gritos de "NO". Con gran dificultad, pudo hacerse oir de nuevo:

"Permítanme volver a clase; permítanme dejar de ejercer el poder para servirle mejor a Puerto Rico". Pero, cada vez que insistía en retirarse de la gobernación, la protesta de la asamblea se recrudecía. "¡Cuatro años más!"— gritaban los delegados.

Roberto Sánchez estaba de pie, al fondo del templete. Yo estaba a su lado. En medio de la demostración de la asamblea, se volvió a mi y dijo:

—¡Esto se fastidió!

Sudaba copiosamente. Un amigo le acercó una silla, en la cual se desplomó. Otro le trajo una píldora, que presumo era un calmante. Los delegados seguían su protesta contra el retiro de Muñoz.

Terminado su discurso, sin que amainara la protesta, Muñoz volvió a presidir la asamblea. En voz baja, le pidió a Negrón López que nominara a Sánchez Vilella. Negrón le contestó: "Creo prudente que sea usted quien lo haga".

Momentos después, Muñoz nominó a Sánchez. Hubo una gran confusión. Doña Inés tomó el micrófono y exclamó: "¡Pido respeto para Luis Muñoz Marín"!

Hubo más gritos de "No", que parecían referirse más al retiro de Muñoz que a la nominación de Sánchez. Con un malletazo, Muñoz declaró que la asamblea había nominado a Sánchez.

En ese momento, doña Inés se volvió hacia el nominado con estas palabras: "¡Roberto, tienes que presentarte ahora!" Pero Sánchez estaba anclado en su silla. Un hombre corpulento se le acercó por detrás, lo levantó en vilo, lo cargó y lo depositó junto a Muñoz Marín. Ese hombre fue Julio Enrique Monagas, a quien Sánchez habría de separar de su cargo de Administrador de Parques y Recreo poco después de llegar a la gobernación.

Sánchez Vilella se agarró fuertemente de la tribuna, con manos temblorosas, y pronunció unas palabras de aceptación. Me fue difícil oirlo. Tal era la algarabía.

El maestro abrazó a su discípulo, en medio de grandes aclamaciones. Y cayó el telón del drama.

En medio de los elogios, comenzaron a apuntar las primeras dudas. Esa noche, un estadista republicano, Marcos Rivera, le dijo a "El Mundo": "Aún los que lo hemos combatido, tenemos que reconocer la honradez de Muñoz Marín como líder de nuestro pueblo. Yo no sé cómo lo hará el señor Sánchez Vilella, pero sé que Don Luis siempre lo hizo bien".

Casi todos, no obstante, parecían estar dispuestos a ayudar a Sánchez a triunfar en su nueva encomienda. Muñoz era, a las claras, el más interesado en que así fuera.

Pero la semilla de la discordia habría de aparecer poco después, aún antes de la elección de Sánchez al cargo de Gobernador.

Después de la asamblea, algunos líderes recomendaron que Sánchez debía hacer una campaña vigorosa, separada de la de Muñoz, para forjarse su propia personalidad. Sabían que la imagen de Sánchez era, en aquellos momentos, la de un eficaz satélite de Muñoz Marín. Muñoz estuvo de acuerdo. Esperaba, no obstante, que Sánchez y él se encontrarían a ratos en las encrucijadas de sus caminos respectivos, y que ambos se ayudarían y aconsejarían mutuamente. No sucedió así. Muñoz habría de ver a Sánchez en muy contadas ocasiones antes de las elecciones de 1964.

A mediados de septiembre de ese año, Muñoz llamó a algunos de sus asesores y ayudantes y les dijo que era aconsejable hacer algunas modificaciones en la estrategia de campaña, dándosele un mayor énfasis a la insignia de La Pava. Sánchez no asistió a esta reunión; envió a representarle a su joven consejero, García Passalacqua. Esta directriz de Muñoz levantó un gran revuelo entre los seguidores de Sánchez, quienes vieron en ella, equivocadamente, un intento por debilitar la posición de su candidato. Nada estuvo más lejos de la mente de Muñoz. Lo que éste comprendía claramente era que la insignia del Partido Popular, por lo que el Partido como entidad representaba, era mucho más atractiva al electorado que la imagen de Sánchez o de cualquiera otra persona que hubiera sido candidato a la gobernación.

Surgieron otros incidentes que fueron tomados, en la misma vena, por los ayudantes de Sánchez. Uno de ellos fue el "incidente del helicóptero". El grupo que asesoraba a Muñoz en su campaña personal había contratado un helicóptero para usarlo como avanzada a la Caravana de la Victoria, sin saber que el grupo de Sánchez también estaba interesado en lo mismo. Como sólo había un helicóptero disponible, Sánchez llevó el asunto a Muñoz y éste dió órdenes de que se le dejara el aparato al candidato. Otra vez, los asesores de Sánchez vieron en esto una señal de animosidad hacia éste.

Muñoz respaldó a su hombre de confianza hasta el fin. Realizó una de las campañas más intensas de su carrera, convenciendo a los electores de que Sánchez estaba preparado para ser un buen Gobernador.

Sánchez, por su parte, seguía dudando de su mentor, como lo demuestra un incidente que ocurrió después de las elecciones, cuando ya había sido electo, pero no había tomado posesión de su nuevo cargo.

Muñoz, que estaba ansioso por entregar las riendas del poder a su sucesor, le sugirió a Sánchez que fuera a Washington a realizar algunas gestiones de la administración. Por el gesto de Sánchez comprendió que a éste no le agradaba la idea de ir a Washington en aquellos momentos, ya electo a la gobernación, pero todavía subalterno administrativo suyo. Juzgando que Sánchez tenía razón, Muñoz le dijo que no era necesario que fuera a Washington; que podía, si lo consideraba conveniente, ir después, cuando ya hubiera tomado posesión del cargo de Gobernador.

8 La Contrarrevolución

El Partido Popular ganó las elecciones de 1964 por una mayoría de 156,000 votos sobre todos los otros partidos juntos. Sánchez fue electo Gobernador. Muñoz fue electo Senador por acumulación y adoptó la norma de no ejercer su influencia en el Senado.

Junto a Sánchez Vilella, el día de su inauguración, estaba su mentor, Luis Muñoz Marín. Pero no estaban algunos de los que habían acompañado a Muñoz hasta la cumbre de la jalda. Unos se abstuvieron de asistir; otros no fueron invitados. ¿Por qué? Sánchez no tuvo

tiempo para ocuparse de las listas de invitados. Se encargaron de ello algunos de sus ayudantes.

En su toma de posesión, el nuevo Gobernador declaró que gobernaría al país con un "nuevo estilo". Muñoz Marín fue de los primeros en felicitarlo al terminar su discurso, aunque en el mismo se habían entremezclado, hábilmente, algunos conceptos que otros líderes consideraron alarmantes.

"La impresión que tengo" —dijo un popular prominente después de la inauguración— "es que un partido de Sánchez Vilella ha derrotado al partido que Muñoz Marín ha dirigido e inspirado durante la transformación de Puerto Rico".

El nuevo estilo se convirtió prontamente en un rechazo de todo, o casi todo lo que oliera a Muñoz Marín. La limpieza comenzó por La Fortaleza y se extendió rápidamente a otras agencias e instrumentalidades del Gobierno. Fue una limpieza masiva que tuvo pocas excepciones. Y, aunque nadie le regateaba al Gobernador su derecho a rodearse de quienes quisiera, la forma que él usó para realizarla causó grandes irritaciones y protestas en el seno del Partido Popular.

En algunos casos, los dimitidos supieron que habían sido separados de sus cargos por medio de intermediarios. Y algunos de los que rodeaban al nuevo Gobernador no se ocultaron para decir que el nuevo estilo iba a borrar de la faz de la tierra todo vestigio de la obra de Muñoz Marín. Se había iniciado la contrarrevolución de Sánchez Vilella.

Es improbable que Sánchez Vilella no supiera de esta campaña contra Muñoz y otras figuras del Partido, e incomprensible que no la detuviera a tiempo. Pero quedan para la historia los hechos ciertos de que la misma se estaba realizando desde antes de que Sánchez asumiera los deberes de la gobernación; y que Sánchez, consciente o inconscientemente en los comienzos, la alentó con su inexplicable silencio; y hasta con algunos pronunciamientos, como aquél de que "ahora sí" las puertas de La Fortaleza están abiertas para todo el pueblo. Como si no se hubieran abierto antes y como si Sánchez no fuera testigo presencial de las razones de seguridad — asalto armado nacionalista del 30 de octubre de 1950— por las cuales a veces no se abrían.

Ante esta situación, la actitud de Muñoz Marín era de inescrutable silencio.

Hubo ocasiones, sin embargo, en que Muñoz salió en defensa del Gobernador, mientras crecía el clamor de líderes y electores populares en protesta contra la campaña de los que rodeaban a Sánchez.

"¡Don Luis, haga algo!", era el clamor angustiado que, de todas partes de la Isla, convergía hacía el bosquecillo de Trujillo Alto.

Mientras Muñoz guardaba silencio, una sensación de división comenzaba a sentirse en todos los ámbitos del Partido Popular. Surgió el movimiento Jíbaros de Negrón y, más tarde, el de los Gallitos de Chaguín. Por primera vez en tres décadas, el Partido Popular veía agrietarse su tradicional unidad.

Estos movimientos de candidaturas surgieron no porque Negrón López y Polanco Abreu tuvieran aspiraciones personales a la gobernación, sino por un instinto de conservación de los populares, que vieron la necesidad de crear un contrapeso a la contrarrevolución del Gobernador.

Todavía esperanzado en que Sánchez antepondría la unidad del Partido a toda consideración personal, Muñoz Marín mantuvo su silencio después de que aparecieran los contramovimientos de candidaturas. En aquellos días, pasaba la mayor parte del tiempo en Estados Unidos, atendiendo sus deberes en la Comisión del Status y dictando conferencias en universidades y ante asociaciones cívicas.

Aprobado el informe de la Comisión del Status, Muñoz Marín regresó a Puerto Rico. Se encontró con un vacío de liderazgo para la vital campaña del plebiscito, en que el pueblo habría de expresar su preferencia entre las tres formas de status.

Para aquella época, a Sánchez Vilella se le había presentado un dilema personal. Se le respetó su dilema, considerándosele una cuestión privada. Pero Sánchez, que había jurado servirle al pueblo como su Gobernador, cometió un error. Se negó a posponer su acción sobre su problema personal hasta cumplir el término de su juramento. Esto trajo, como consecuencia, una paralización en el Gobierno, salvo por la dedicación de los líderes legislativos y ejecutivos, y habría de crear el vacío de liderazgo que Muñoz Marín encontró en vísperas de la importante campaña del plebiscito.

La Tormenta

El día 15 de marzo de 1967 se desató una gran tormenta política en Puerto Rico.

Ese día, en el hemiciclo de la Cámara de Representantes, el Representante estadista-republicano Ramón Ramos Baello lanzó al aire los rumores, que hasta entonces no se habían publicado, sobre el problema personal del Gobernador. Pidió la renuncia de Sánchez.

Poco después, los Representantes Baello y Camacho se fueron a las manos.

Ese mismo día, una asamblea de damas celebrada en el Casino de Puerto Rico pidió "respeto para la primera dama", entre gritos que demandaban la renuncia del Gobernador.

Esa misma tarde, el Gobernador llamó una conferencia de Prensa.

Declaró categóricamente que no renunciaría. Esa noche partió hacia Estados Unidos, para asistir a una conferencia de gobernadores.

El 16 de marzo, el periódico "San Juan Star" publicó un editorial en que decía: "Los sucesos de ayer le han hecho un grave daño a la imagen del cargo y al tenedor de la oficina de La Fortaleza".

En Washington, García Passalacqua se había unido a Sánchez Vilella. Conversaron largamente, a puertas cerradas, en un cuarto del hotel Madison. Luego viajaron juntos, por tren, hasta Nueva York, en donde el Gobernador tomó el avión que lo trajo de regreso a Puerto Rico. Sánchez Vilella regresó a San Juan el martes, 21 de marzo. A los periodistas que le esperaban en el aeropuerto de Isla Verde les hizo dos anuncios: que había decidido divorciarse de su primera esposa, doña Conchita; y que no volvería a postularse en 1968. Agregó que su decisión era "irrevocable" e "irreversible".

Estas decisiones provocaron un gran revuelo en todo el país. En el Partido Popular, la decisión personal fue recibida con muestras de profunda preocupación; pero la decisión de Sánchez de no volver a postularse fue acogida con una sensación de alivio general.

El miércoles, 22 de marzo, doña Conchita declaró a la Prensa que era su ferviente deseo preservar su matrimonio "tras 30 años de vida conyugal".

En esos mismos días, el periódico "El Imparcial" había publicado en su portada un gran titular que decía: "RSV en la encrucijada. Está perdiendo el apoyo del Partido Popular".

En medio de los embates de la tormenta, el Gobernador se aisló en La Fortaleza. A los líderes legislativos, a los alcaldes, a los funcionarios de la rama ejecutiva y a los líderes de su Partido les era algo menos que imposible verle. Esto, sin embargo, tampoco había sido demasiado fácil durante los primeros tiempos de su gobernación.

¿Y Muñoz Marín? Se mantenía en silencio, estóicamente, en el mismo ojo de la tormenta. Lo vi caminar bajo los árboles— meditando, meditando, meditando. "Hay silencios terribles" —había dicho don Niceto Alcalá Zamora— "silencios terribles henchidos de pensamientos".

La campaña del plebiscito había comenzado a fines de enero de 1967. Sánchez sólo había asistido a las primeras reuniones de líderes. Comprendió, evidentemente, que era mejor retirarse de la campaña. Hubo un vacío de liderazgo. Muñoz no tuvo más remedio que meterle el pecho a la campaña, que fue la más enérgica de su vida.

El 28 de septiembre de 1967, una corte decretó el divorcio de Roberto Sánchez Vilella y de doña Conchita Dapena. Dos días después, el 30 de septiembre, el Gobernador contrajo nupcias con la joven señora Jeannette Ramos Buonomo.

Cuando Muñoz entró en acción, los Estadistas Unidos le habían tomado la delantera de campaña al Partido Popular. Los informes que llegaban de distintas partes de la Isla indicaban que las fuerzas de Ferré estaban en crecimiento.

Muñoz, como se dice antes, realizó la campaña más intensa de su vida. No sólo logró detener el crecimiento de Estadistas Unidos, sino que también condujo al Estado Libre Asociado y al Partido Popular a una resonante victoria en el plebiscito de julio de 1967. Como consecuencia, los estadistas quedaron divididos— un suceso que podría tener hondas repercusiones en las elecciones del próximo noviembre.

Después del plebiscito, el 31 de agosto de 1967, el Consejo Central del Partido Popular ratificó su resolución prohibiendo, hasta nuevo aviso, las campañas relacionadas con candidaturas.

En septiembre de 1967, Muñoz Marín y doña Inés partieron hacia Europa para disfrutar de unas largamente añoradas vacaciones.

Estando en Europa, Muñoz recibió una carta manuscrita, del puño y letra de Roberto Sánchez Vilella, en la cual el Gobernador le informaba que, ya resueltos sus problemas personales, cumpliría el resto de su término y entregaría la gobernación a su sucesor en enero de 1969, según lo había repetido en varias ocasiones desde marzo de 1967.

Mientras Muñoz Marín se encontraba en Europa, el columnista Miguel A. Santín publicó en su columna "Trasfondo" de "El Mundo" la versión de que el Gobernador Sánchez había declarado que estaba preparado para enfrentarse a Muñoz Marín y que tenía evidencia "para destruirlo". Muñoz fue informado por teléfono, mientras se encontraba en París.

Preguntó si el Gobernador había hecho alguna aclaración y se le informó que no. Entonces preguntó si otros líderes populares habían hecho alguna declaración, y se le informó que no. Exclamó:

—¡Estoy atónito! ¡Me parece increíble!

En San Juan se le encomendó a Polanco Abreu, que viera a Sánchez y le pidiera una rectificación o una confirmación de las palabras que se le atribuían. El Comisionado Residente Polanco Abreu vió al Gobernador en Estados Unidos. Sánchez se negó a hacer aclaración alguna, contestando que no consideraba necesario contestarle "a un columnista".

La Comisión Presidencial del Partido Popular decidió exigir al Gobernador que rectificase o ratificase las declaraciones atribuídales.

Sánchez negó haber hecho las declaraciones y, a la vez, se quejó de la forma en que la Comisión formuló su ultimátum. Ahora sabemos que el ultimátum fue precedido por la gestión personal indicada, que resulta infructuosa.

Ante los acontecimientos que ocurrieron durante su ausencia, Muñoz Marín volvió a guardar silencio a su regreso al país, a principios de 1968. Se limitó a asegurar que Sánchez Vilella cumpliría su promesa de no volver a postularse.

En febrero de este año, Sánchez Vilella solicitó una entrevista con Muñoz Marín. La reunión entre ambos hombres, que hacía meses

no se veían a solas, tuvo lugar el 17 de febrero de 1968 en la casa de Muñoz en Trujillo Alto.

El Gobernador le comunicó a Muñoz que estaba "reexaminando" su decisión de no postularse. Muñoz lo instó a mantener su decisión, diciéndole que la consideraba "un buen servicio" a Puerto Rico y al Partido Popular. (Muñoz pensaba que la postulación de Sánchez como Gobernador incumbente crearía una división mucho más profunda en el Partido Popular que la que podrían crear otros acontecimientos relacionados con otras candidaturas.)

Al despedirse de Muñoz, Sánchez declaró que, en vista del consejo que le daba su antiguo mentor y amigo, haría su reexamen "con mayor cuidado aún".

Unos días después, Sánchez anunció públicamente lo que le había dicho en privado a Muñoz —que estaba reexaminado su decisión, varias veces anunciada, de no postularse.

Aunque tenía información confiable de que el Gobernador ya tenía hecha su decisión de postularse nuevamente, Muñoz Marín no abandonó su esperanza de que Sánchez reconsideraría su decisión en aras de la unidad del Partido Popular.

El miércoles, 27 de marzo de 1968, el Consejo Central del Partido Popular levantó la prohibición sobre la discusión de candidaturas.

Aunque se sabía de antemano que ese era el propósito de la reunión, Sánchez Vilella no esperó la decisión del Partido. La noche antes se dirigió al país, anunciando que se postulaba para un segundo término en la gobernación.

Varios líderes populares vieron en esto un reto de Sánchez al Partido y sugirieron que se aplicaran sanciones políticas. Muñoz se negó a favorecer esta idea. "¿Qué importa un día más o menos?" —les dijo a algunos de los que proponían sanciones.

Levantada la prohibición, el Senador Negrón López y el Comisionado Polanco Abreu lanzaron formalmente sus candidaturas. Se llegó así al punto de las confrontaciones abiertas entre los tres candidatos. Esa misma tarde, Muñoz declaró que no podía respaldar las aspiraciones de Sánchez. Pensó que éste, por estar ocupando la

gobernación representaría, frente a sus dos contrincantes, el germen de una división seria en las filas del Partido Popular.

El Virus

Sánchez Vilella no perdió tiempo. Acompañado de un grupo de líderes agresivos, entre quienes se destacaban el Senador José Arsenio Torres y el Representante Luis F. Camacho, solicitó primaria para el cargo de Gobernador y lanzó su grito de campaña: "Que el pueblo decida".

En su reunión del 18 de abril de 1968, la Comisión Presidencial acordó negar las primarias solicitadas por Sánchez Vilella. El 21 de abril, el Consejo Central confirmó la decisión de la Comisión Presidencial.

A sus más allegados, Muñoz les explicó en aquellos días que unas primarias para Gobernador, con un candidato al mando del Gobierno, constituirían un grave daño para el Partido Popular. Estaba profundamente convencido que, con una lucha generalizada de primarias, ningún candidato popular ganaría nada. "Los únicos que podrían aproximarse a ganar serían los adversarios del Partido Popular" —dijo. Muñoz no tuvo, ni podía haber tenido, otra razón para no favorecer esa primaria.

La reacción de Sánchez y de sus partidarios fue cruda y violenta. Ya era evidente que la maquinaria del Gobernador (hay que recordar que Sánchez está al mando de un Gobierno con un presupuesto de ochocientos millones de dólares) estaba decidida a enfrentarse al Partido.

Según avanzaba la campaña de Sánchez Vilella, se hacía más evidente su virulencia y su hostilidad hacia los líderes y organismos del partido, a quienes llamaba "la maquinaria".

El 3 de julio de 1968, la Comisión Presidencial había decidido que la selección de delegados a la asamblea, por los comités de barrios y pueblos, se haría por voto secreto. Estos comités habían sido elegidos a fines de 1967 por voto directo de todos los populares que libremente quisieron concurrir a su elección en todos los barrios y pobla-

ciones de Puerto Rico. Valga decir que prácticamente todas las decisiones de la Comisión Presidencial sobre la asamblea fueron aprobadas unánimemente, y que Muñoz votó con Sánchez en la inmensa mayoría de esas decisiones.

El 5 de julio, la Comisión Presidencial acordó celebrar la asamblea de nominación el 21 de julio, en el parque Hiram Bithorn de San Juan.

El virus faccioso que tomó la campaña de Sánchez es conocido de todos. Uno de sus oradores de turno, Manuel Rivera Matos, reveló —fantasiosa, además de facciosamente— que se proyectaba reunir cuando menos a 50,000 populares frente al sitio en que habría de celebrarse la asamblea.

Esta indiscreción de Rivera Matos le costó a Sánchez Vilella severas críticas. Desde su columna editorial, "El Mundo" le aconsejó al Gobernador que "se atenga al proceso nominador... para evitar una situación que podría degenerar en uno de los episodios más tristes en la historia de este país".

Sánchez no contestó la exhortación de "El Mundo". Muñoz Marín se mantenía en silencio. Su esperanza de que el Gobernador rectificaría habría de mantenerse firme hasta el último momento.

Ahora puede revelarse que, en sus discusiones con líderes, hasta la mañana misma de la asamblea, Muñoz había mantenido el nombre de Roberto Sánchez entre los que se propondrían a la asamblea para los organismos directivos del Partido Popular.

11 4 Horas Cruciales

El 6 de julio de 1968, Sánchez Vilella lanzó un ataque abierto contra su antiguo mentor y amigo, Luis Muñoz Marín. Hablando esa noche en la plaza de Rincón, recordó una encomienda que Muñoz le hizo hace 24 años y comentó: "Don Luis creía entonces que las maquinarias políticas eran las excrecencias de los partidos políticos".

Ese mismo día, Sánchez se había reunido en Treasure Island con un grupo de sus seguidores. Al terminar la reunión, se quedó pensando y dijo que tenía que haber alguna forma de resolver la situación en el Partido Popular. Anunció que llamaría a Muñoz; que lo iría a

ver. No llamó a Muñoz y, cuatro horas después, hizo su ataque en Rincón. Muñoz, que había guardado silencio desde el 26 de marzo, cuando había declarado que no podía respaldar la postulación de Sánchez, se vio obligado a contestarle. Declaró:

"La postura asumida por el señor Sánchez Vilella de ser el representativo 'del pueblo', mientras los que, como yo, no lo respaldan para un nuevo término representamos 'la maquinaria' está tan fuera de toda realidad —ciertamente en lo que a mí concierne— que no ha merecido comentario mío en toda la triste campaña de candidaturas. Ni necesita ni merece comentario ahora tampoco". Y agregó más adelante:

"Cuando yo me he dispuesto a apelar en el pasado a ese verdadero pueblo directamente, nunca ha sido por cuestiones de candidaturas o ambiciones personales, sino para asegurar que se cumplan fundamentales compromisos del Partido Popular —como el compromiso solemne sobre el status político que para la época de 1944 a 1945 corría peligro de ser violado por ciertos grupos, inocentemente por unos, culpablemente por otros".

Sánchez Vilella volvió a la carga, preguntándole a Muñoz por qué le había negado las primarias y por qué había votado a favor de "adelantar" la fecha de la asamblea. Muñoz ripostó rápidamente. Dijo que las preguntas de Sánchez ya habían sido contestadas y añadió:

"No sé a qué extremos la ambición personal de seguir siendo Gobernador puede llevar al señor Sánchez Vilella... Mi posición claramente no puede basarse en la ambición personal. Me dedico y me dedicaré a mantener la unidad y el vigor que el Partido Popular Democrático necesita mantener para servirle al pueblo de Puerto Rico —no importa lo que se proponga hacer Roberto Sánchez con relación al Partido Popular Democrático".

El 17 de julio, en Barranquitas, Muñoz Marín pronunció el discurso del día en los actos honrando la memoria de su padre, Luis Muñoz Rivera. Fue un discurso de altura, llamando a la unidad de los puertorriqueños tras un propósito de vida y civilización. La virulencia de la campaña de candidaturas, no obstante, habría de manifestarse nuevamente en las rechiflas y abucheos con que fueron recibidos los candidatos. Ante este espectáculo, Muñoz regresó a San Juan apenado y disgustado.

El sábado, 20 de julio, Sánchez Vilella se dirigió al país por televisión. Sus palabras no dejaron lugar a dudas sobre su propósito. "Una asamblea no-democrática" —dijo —"sería una invitación a la división y a la rebelión... significaría la destrucción del Partido Popular". No iba a ser ésta la última vez en que Sánchez hablaría durante la campaña de "rebeliones", "desbordamientos" y "revoluciones".

Fue un discurso crudo de acusaciones a "la maquinaria". Señaló nueve alegadas violaciones a las reglas —¡nueve violaciones entre los 1,300 comités populares de la Isla, comités que habían sido elegidos en barrios y pueblos por el pueblo popular, directamente, pocos meses antes!

La Asamblea

La asamblea del 21 de julio es historia. Muñoz Marín esperó entrar al templete con Sánchez Vilella para evitar que contra éste se hicieran las demostraciones impropias de desaprobación que él, Muñoz, había deplorado en Barranquitas.

A las 11:56 de la mañana, habiendo terminado Muñoz las palabras en que explicó la elección de los comités por el pueblo popular y de los delegados a la asamblea por esos comités en voto secreto, Sánchez tomó el micrófono y pidió la palabra. Muñoz solicitó el consentimiento de los delegados para que se escuchara al Gobernador; los delegados se negaron clamorosamente. Muñoz, no obstante, permitió que Sánchez hablara.

El Gobernador se hizo oir a duras penas. Cada vez que hablaba de "la maquinaria", las protestas de los delegados se recrudecían. Muñoz, puesto de pie, trataba de calmar a los que protestaban, con ademanes de los brazos.

Creyendo que Sánchez volvería a proponer el voto secreto de los delegados, Muñoz le había preguntado a Negrón López si él secundaría la proposición, y el Senador Negrón había respondido que la secundaría inmediatamente. Pero ni Sánchez propuso otra vez el voto secreto, ni sus partidarios concurrieron en sus distritos a las primarias por las que habían clamado.

El discurso del Gobernador fue prácticamente el mismo que había dicho por la televisión en la noche del sábado. Al terminar, volvió a repetir su amenaza de dividir el Partido. Les dijo a los delegados que lo que tenían en sus manos era "la vida misma del Partido Popular".

Tan pronto Sánchez hubo terminado sus palabras, Muñoz Marín se acercó al micrófono. "No le voy a contestar a Roberto Sánchez" —comenzó diciendo, y agregó enérgicamente: "Pero a pesar de los ataques que acabo de escuchar al honor y a la integridad del Partido Popular, yo quiero decir que sigo creyendo en el Partido Popular". Sus palabras fueron ahogadas por una gran ovación.

Muñoz hizo, entonces, un planteamiento. Dijo que apoyaría en la campaña electoral a cualquiera de los candidatos que fuera nominado por la asamblea (y esto incluía a Sánchez), pero que en conciencia no podría cooperar con el Gobierno de este último. Terminó diciendo que al votar por el candidato a Gobernador los delegados estarían también votando sobre si querían o no que él volviera al servicio público y a darle su cooperación al próximo Gobernador. No lo dijo para afectar la votación de Sánchez, sino porque creyó que debía decirle al pueblo su convicción sincera de que lo mismo podría servirle con su actividad que con su retiro. De hecho, la actitud ya asumida por el Gobernador hubiera hecho impracticable la cooperación gubernamental entre Sánchez y Muñoz.

Luis Negrón López fue nominado candidato a la gobernación por una abrumadora mayoría; Polanco Abreu fue proclamado candidato a Comisionado Residente, y Muñoz fue nominado candidato a Senador por acumulación.

Nominado el Senador Negrón López, éste caminó hasta el sitio en que estaba el Gobernador y le extendió su diestra. Sánchez Vilella aceptó el saludo fríamente y exclamó: "Buenas tardes, y que se diviertan". Había llegado al punto en que no sabía o no podía perdonar. El Gobernador se retiró de la asamblea después de la nominación del candidato a Gobernador. Quedó fuera de los organismos del Partido, que había tratado de desacreditar tan crudamente durante su campaña.

Al día siguiente, el periódico "El Día" de Luis A. Ferré publicó, algo tardíamente, esta pregunta: "¿Sucederá con don Roberto Sánchez Vilella, después de la convención del PPD celebrada ayer do-

mingo, lo mismo que le ocurrió, según las creencias católicas, al Angel preferido del Señor en el Reino del Cielo?"

Muñoz Marín aclaró que Sánchez no había quedado fuera del Partido Popular e insinuó que el Gobernador podría volver a formar parte de los organismos directivos, dependiendo de su actitud hacia la unidad del Partido Popular.

25 de Julio

El día 25 de julio, el Gobernador pronunció el discurso del Día de la Constitución. Fue un discurso matizado de política. Dijo que los que se oponen al ansia por 'la participación' corren "el grave riesgo de encender las emociones de la gente". Vuelve a aparecer aquí la oratoria inflamatoria.

Unos doscientos jóvenes, en su mayor parte adolescentes, tomaron posiciones frente a la tribuna y se dedicaron a corear consignas ofensivas contra distinguidas figuras del país, entre ellas el Comisionado Polanco Abreu y Raúl Gándara. Mientras Polanco entraba al templete, un joven le gritó "Judas" y le lanzó 30 "denarios" al rostro. "Me recuerda a los jóvenes neo-facistas de la Alemania de Hitler", comentó el Comisionado. La prensa del país condenó estas tácticas, que pueden provocar episodios funestos, de consecuencias incalculables, si la opinión pública permite que continúen durante la campaña.

Mientras el país esperaba la decisión de Sánchez sobre su futuro político, cuatro de sus líderes anunciaban que se retiraban de las primarias que el Partido Popular, único entre todos los partidos, lleva a cabo en todos los municipios y distritos. La frase "Que el pueblo decida" se quedó hueca. Los cuatro candidatos de Sánchez no quisieron someterse a la decisión del pueblo popular en sus distritos.

Muñoz Marín permanecía, mientras tanto, en Trujillo Alto —observando los acontecimientos, trabajando con las comisiones de programa y reglamento y viendo, con más lástima que ira, cómo se desvanecía toda esperanza de reconciliación con su antiguo discípulo y amigo.

Como cuestión de hecho, había continuado trabajando la misma noche de la asamblea, discutiendo entre sorbo y sorbo de *ginger beer* (un refresco de jengibre) la campaña que se apresta a realizar, especialmente contra lo que él llama "los republicanos de Ferré".

El mismo día de la asamblea había anunciado que volverá a la presidencia del Senado, si sus compañeros allí lo desean. Tanto Ferré como los seguidores de Sánchez vieron en esto una oportunidad para atacar a Muñoz, acusándolo de tener la intención de querer gobernar al país desde el Senado.

Muñoz se enteró de estos ataques sin pestañear. Seguía trabajando en su plan de campaña contra los partidos adversarios. Sobre sus relaciones con el Senador Negrón López, dijo: "Cooperaré con Luis Negrón López en todo aquello en que él solicite mi cooperación. Me dedicaré legislativamente al Propósito de Puerto Rico. Políticamente, me dedicaré a propiciar la plena participación y responsabilidad de la juventud en el trabajo creador del nuevo tiempo. Yo sé que los líderes veteranos de la revolución pacífica me respaldarán en esta buena y necesaria transición".

Muñoz estaba sereno y confiado. Trabajaba en los detalles de la campaña y en la agenda del porvenir, cuyo propósito fundamental me describió hace poco como "abrir nuevos horizontes en el nuevo tiempo a los ensueños creadores de la juventud y a la experiencia constructiva de la madurez".

Crisis de Confianza

En la noche del viernes, 2 de agosto—cuando el Gobernador Roberto Sánchez Vilella se pasó del ejército popular al pelotón del Partido del Pueblo— quedaron claramente definidas las líneas para la batalla del próximo 5 de noviembre. Cinco partidos políticos entraron en los preparativos finales para la gran confrontación del otoño. Antes de cruzar la tierra de nadie, el Gobernador reunió a su gabinete grande y le comunicó que, habiéndose decidido a cortar los últimos tenues hilos que lo unían al Partido Popular, había "adquirido" ante notario la franquicia electoral del Partido del Pueblo.

Había hecho un recuento minucioso de sus actividades, desde que fue nominado en 1964 hasta el presente, desembocando entonces en las cuatro disyuntivas en que dijo encontrarse: 1) "quedarme quieto y morirme"; 2) postularse como candidato independiente; 3) unirse a otro partido; o 4) permanecer en el Partido Popular. Descartó de inmediato esta última posibilidad, calificándola de "imposible", y presentó el acta notarial de la "transacción", en la cual se le dió el control absoluto, unipersonal e indiscutible del partido que, hasta ese momento, presidió uno de los discípulos preferidos del nunca bien recordado excongresista Adam Clayton Powell. Sus seguidores inmediatos lo proclamaron, sin tardanza, "líder máximo" de su nueva colectividad.

La reunión de Sánchez Vilella con el gabinete grande tuvo lugar en la noche del jueves, primero de agosto. En el cambio informal de impresiones que siguió al anuncio del Gobernador se hizo evidente que éste había perdido el apoyo político de la gran mayoría de los jefes de departamentos, agencias e instrumentalidades del Gobierno— como habría de confirmarse dos días después, el sábado 3 de agosto, cuando la mayoría de los miembros del gabinete de Sánchez se reunió con Muñoz Marín en Trujillo Alto.

En esta reunión, Muñoz subrayó que lo más importante era que los funcionarios públicos hicieran un esfuerzo extraordinario, ante la insólita situación creada por la mudanza política del Gobernador, para que el pueblo no sufriese las consecuencias. Dijo que los servidores públicos tienen la obligación de servirle al país al máximo de su capacidad, ante toda posible situación, agregando a renglón seguido que también "tienen que servirle a sus lealtades políticas como se lo dicten sus conciencias". Aconsejó a cada cual enfrentarse con la situación individualmente, y resolverla de acuerdo con su conciencia y mejor criterio.

Después de escuchar varias exposiciones sobre las dificultades que la actitud de Sánchez Vilella podría crearles a los servidores públicos en el desempeño de sus deberes hacia el pueblo, Muñoz se ausentó de la reunión, dejando solos a los asistentes para que cambiaran impresiones entre sí. Nuevamente se hizo evidente, en este cambio de impresiones, que todos los asistentes permanecerían en el Partido Popular.

La situación del Gobernador ya era precaria. Tanto en la rama eje-

cutiva como en la legislativa se quedó prácticamente solo. De los alcaldes no le quedó uno. Veamos.

En la rama ejecutiva, solo 5 miembros del Gabinete siguieron al Gobernador. Fueron ellos el Secretario de Estado, Guillermo Irizarry; el Secretario del Trabajo, Alfredo Nazario; el Secretario de Comercio, Jenaro Baquero; el Administrador de Parques y Recreo, Octavio Wys, y el Secretario de Instrucción, Angel Quintero Alfaro.

La lista de los que permanecieron en el Partido Popular es interminable: el Administrador de Fomento Económico, Sergio Camero, quien fué el primero en reiterar su adhesión al Partido después de la reunión del jueves en La Fortaleza; el Administrador de la CRUV, Carlos Alvarado; el Secretario de Agricultura, Miguel Hernández Agosto, quien había estado en simpatías con Sánchez mientras éste se mantuvo en el Partido Popular.

Víctor M. Labiosa, quien había sido nombrado por Sánchez para el importante cargo de director de la Autoridad de Carreteras; y otros altos funcionarios nombrados por Sánchez, como el Secretario de Justicia, José C. Aponte, y el Superintendente de la Policía, Salvador Rodríguez Aponte. Francisco Lizardi, Secretario de Obras Públicas, un viejo e íntimo amigo del Gobernador. El Jefe del Servicio de Bomberos, Raúl Gándara, también viejo amigo de Sánchez; el presidente del Banco Gubernamental de Fomento, Juan Labadie Eurite; el director de la Autoridad de Acueductos y Alcantarillados, Orlando González; el presidente de la Compañía de Fomento Industrial, Manuel Sánchez Rivera; el director de la Autoridad Metropolitana de Autobuses, Herminio Fernández Torrecillas.

El administrador de la Autoridad de los Puertos, Rubén Sánchez; el director ejecutivo de la Autoridad de las Fuentes Fluviales, Rafael V. Urrutia; el presidente de la Junta de Planificación, Ramón García Santiago; y el presidente de la Junta de Relaciones del Trabajo, Dr. Antonio J. Colorado.

El presidente del Banco de la Vivienda, Lorenzo Muñoz; el Administrador del Fondo de Seguro del Estado, Concepción Pérez y Pérez; la Directora de Bienestar Público, señora Aida G. de Pagán; el Director de Programas Sociales, Luciano Fuertes; el director de la Autoridad de Tierras, Gabriel Rivera Hernández. El Administrador de Terrenos, Félix Mejías; el general Salvador T. Roig, comandante de la Guardia Nacional; y el director de la Autoridad de Comunicaciones, Carlos Janer.

El director de CODECA, Luis Passalacqua; el director de la Defensa Civil, Rafael Montilla. El Administrador de la Industria Lechera, Plácido Acevedo; el Secretario interino de Hacienda, Ramón H. Vélez; el Administrador Hípico, Agustín Mercado Reverón; el Administrador de Edificios, Ulises Barreos; y el Director de Comunidades Aisladas, Osvaldo Bonet.

En la Legislatura, entre cerca de 100 legisladores, sólo 4 se quedaron con Sánchez— el Senador José Arsenio Torres y los Representantes Aguedo Mojica, Luis F. Camacho y Pedro Rodríguez. La soledad del Gobernador entre los alcaldes era absoluta. Joaquín Rosas, alcalde de Manatí, quien lo había acompañado en la campaña de candidaturas y lo había respaldado con la delegación de su pueblo en la asamblea del 21 de julio, permaneció en el Partido Popular.

En Mayagüez, el jefe de la campaña pre-nominaciones de Sánchez anunció que no lo seguiría al Partido del Pueblo y que permanecería en el Partido Popular. El movimiento de Sánchez tuvo que salir apresuradamente en busca de un nuevo líder en la Sultana del Oeste.

El más sorprendente de los pronunciamientos fue, quizá, el del licenciado Juan Manuel García Passalacqua, a quien me he referido en estos artículos como una de las personas que más influyeron en Sánchez Vilella en los primeros tiempos de su gobernación. Mientras asistía a la inauguración de las oficinas de campaña de Jorge Font Saldaña, un periodista le preguntó sobre la mudanza del Gobernador al Partido del Pueblo. "Es un error"— dijo el joven líder, agregando que sigue guardando afecto y respeto personal por Sánchez Vilella. Explicó que, en su opinión, el Gobernador debió permanecer en el Partido Popular, defendiendo internamente sus ideas. Dicho sea de paso, hace unos diez meses que García Passalacqua, que se ha dedicado de lleno a las tareas de la educación, no ve al Gobernador.

El joven intelectual me ha explicado, comentando las alusiones que he hecho en estos artículos sobre la gran influencia que él ejerció sobre Sánchez Vilella, que no fué movido por ambiciones políticas, sino por una profunda convicción de que el Partido Popular nececitaba renovarse. Tuvo palabras de afecto y respeto para don Luis Muñoz Marín.

El Gobernador, como se ve, apenas había iniciado su guerra cuando

comenzó a sufrir numerosas e irreparables bajas. Ya lo decía Francisco Xavier Clavijero: "Fácil es encender la guerra, como difícil es terminarla ventajosamente."

"La Adquisición"

A pesar de la llamada de Muñoz Marín para que, ante todas las circunstancias del momento, se mantengan íntegros los servicios del Gobierno al público, el anunciò del Gobernador provocó una doble crisis en el país— una crisis en la confianza pública, alarmada ante el rumor de que Sánchez había "comprado" el Partido del Pueblo; y una crisis de confianza en el mismo seno del Gobierno.

En su edición del sábado, 3 de agosto, el periódico "The San Juan Star" señaló editorialmente la crisis de desconfianza pública. Dijo: "La primera tarea importante que él (Sánchez) tiene no es la organización de su nuevo partido o la redacción de su plataforma— es contestar la acusación de que él y sus seguidores se compraron, para sí mismos, un partido político."

Ese mismo día, una estación de radio de San Juan informó que el precio que se había pagado por el Partido del Pueblo— ¡oh, manes de Adam Clayton Powell!— era de 200,000 pesos mondos y lirondos. Evidentemente preocupado por esas aseveraciones, el Gobernador se reunió ese día del sábado con los directores de los principales diarios. Negó que hubiera "comprado" el Partido del Pueblo. Presionado para que dijera si era cierto que se habían pagado $100,000 por la franquicia electoral de dicho partido, se limitó a decir: "Eso no es verdad".

Las especulaciones, no obstante, habrían de continuar; y el asunto habría de convertirse en un tema prohibido entre los seguidores del Gobernador.

El anuncio del Gobernador abandonando el Partido Popular y uniéndose, como "máximo líder", al Partido del Pueblo no tomó por sorpresa a Muñoz Marín. Sabía que Sánchez estaba en conversaciones con ocho fundadores de los pueblerinos y que éstos habían enmendado el programa de su partido para acomodarlo a las exigencias de su próximo dueño.

Escuchó sin inmutarse las palabras de su antiguo discípulo — "de nuestro exquerido exgobernador", como alguien habría de decir en Barranquitas— y luego había declarado que el anuncio había sido un "doloroso espectáculo". Acusó "al elegido" de traicionar la confianza que se había depositado en él "para unirse a la oposición al Partido Popular y al programa con el cual fue electo y al cual juró lealtad". Muñoz está convencido de que Sánchez no tiene la más remota posibilidad de ganar unas elecciones en Puerto Rico y que, por lo tanto, un voto por Sánchez sería un voto por lo que él llama "los republicanos de Ferré". En otras palabras, Muñoz cree que en esta campaña Sánchez Vilella constituye un elemento marginal, una distracción política inconsecuente que no debe desviar al Partido Popular de los grandes y reales issues del momento.

Vi a Muñoz Marín el sábado, 3 de agosto; esto es, el día siguiente de la mudanza del Gobernador Sánchez a otras tiendas políticas. Estaba tranquilo, confiado y hasta jovial. Me dió la impresión de un hombre a quien se le ha quitado una carga de encima. Había estado trabajando desde las primeras horas de la mañana, dando instrucciones a sus ayudantes, reuniéndose con grupos de jóvenes y, finalmente, recibiendo a un gran número de miembros del gabinete y jefes de agencias.

Ese mismo día ratificó sus instrucciones— iniciadas el 25 de julio en una reunión que tuvo lugar en su casa de Jájome— para que se celebren vistas públicas sobre el nuevo programa y el reglamento del Partido Popular. Le daba así un significado real y profundo a la palabra "participación", que Sánchez Vilella había relacionado estrechamente con la ambición personal de seguir siendo Gobernador. También se reunió con varios líderes para discutir su plan de ampliar el Panel Presidencial y el Consejo Central, para aumentar la representación de la juventud en los organismos centrales del Partido Popular.

El lunes, 5 de agosto, presidió la asamblea de programa y reglamento que se reunió en Barranquitas, aprobando la propuesta para celebrar vistas públicas sobre el programa en todos y cada uno de los pueblos y ciudades del país, en una movilización de la voluntad y el pensamiento de los populares en todo Puerto Rico.

Durante toda la semana se estuvo trabajando intensamente en las oficinas centrales del Partido Popular y en la casa de Muñoz en Tru-

jillo Alto en los detalles de la corta, pero vital campaña de tres meses que Muñoz espera culminará en otro triunfo decisivo del Partido Popular en los comicios del próximo noviembre.

Como sucedió cuando se encontró con el vacío de liderazgo en vísperas de la campaña del plebiscito, Muñoz Marín se apresta a realizar una de sus más intensas campañas. Lo acompañará "la gama de generaciones y energías" de que habló en el homenaje de marzo de 1968— los veteranos a quienes ha llamado "a trabajar hasta el último día de sus vidas, que será el último día de su dedicación a Puerto Rico"; y los jóvenes a quienes llama para que acepten responsabilidades, sacrificios y oportunidades y para que en su día asuman— "ciertamente con mi mayor beneplácito"— las más altas posiciones y los más altos honores.

Nuevamente, Muñoz ha tenido que posponer su sueño de reservarse para empeños que trasciendan la tarea política; de volver a la peña literaria, de compartir con algunas de las grandes figuras intelectuales de su tiempo en el mundo, de volver a escribir y a dictar conferencias, de disfrutar su familia y sus amigos.

Ya lo había intentado en 1964, pero, como se ha visto tan elocuentemente— "no pudo ser".

El Dilema 16

En los primeros artículos de esta serie he explicado algunos de los sorprendentes acontecimientos que condujeron a la separación del Gobernador Sánchez Vilella de su antiguo mentor y amigo, Luis Muñoz Marín y, finalmente, al rompimiento definitivo de Sánchez con el Partido Popular.

Es probable que no se entienda nunca la naturaleza de la transformación de Sánchez Vilella. La mente del hombre es un misterio que la ciencia no ha podido desenmarañar, en su esfuerzo por explicar las emociones y las sensaciones, los sentimientos y las percepciones, la memoria y la imaginación, el desarrollo de la personalidad y la forma en que el ser humano reacciona en los ambientes y situaciones en que se desenvuelve. Se sabe, no obstante, que las ideas

reprimidas pueden estar tan profundamente escondidas que no se esté consciente de ellas. Cada hombre tiene deseos secretos, ambiciones privadas y esperanzas ocultas que forman parte del carácter en conflicto con la vida consciente.

No es posible, pues, determinar si las actitudes de Sánchez hacia Muñoz fueron, en sus comienzos, conscientes o inconscientes; pero cualquier análisis responsable de este fenómeno ha de tomar en cuenta algunos hechos significativos, entre ellos los siguientes:

No tengo dudas de que Sánchez Vilella llegó a la gobernación con el respaldo de su Partido y del país, que querían verlo triunfar en su nueva encomienda. El más interesado en que así fuera, me consta, era Muñoz Marín.

Nadie, ciertamente, le negó al Gobernador el derecho a rodearse con quienes quisiera ni de gobernar con criterio independiente. Su error consistió en crear una sensación de división en el partido por el cual votó, en 1964, medio millón de populares.

Nadie le regateó a Sánchez su derecho a forjarse una nueva personalidad. Su error consistió en que trató de hacerlo o permitió que otros trataran de hacerlo atacando el sentido que el popularismo tenía de sí mismo, simbolizado en la figura de Muñoz.

Hubo una notable diferencia entre las actitudes de cada uno de estos dos hombres. Como dijo en esos días el periodista Harry Giniger, en el "New York Times", la actitud de Muñoz hacia Sánchez ha sido "más de tristeza que de coraje". En el mismo artículo de Giniger, Sánchez usa palabras crudas al referirse a su antiguo mentor. La aspiración de Sánchez dió origen a otros movimientos de candidaturas en el Partido Popular. No estuvieron inspirados en ambiciones personales, sino en un instinto de conservación y en la necesidad de crear un contrapeso a la contra-revolución del Gobernador. Prácticamente nadie duda en el Partido Popular que a no ser por sus actitudes hacia figuras distinguidas del popularismo y la consiguiente sensación de división que se creó en el Partido Popular, Sánchez podría ser hoy el candidato único del Partido para la gobernación.

En vísperas de la campaña del plebiscito, Sánchez se enfrentó a un dilema personal. Su decisión de no posponer su acción sobre el mismo hasta cumplir con su juramento creó una paralización del gobierno y un vacío de liderazgo en el momento solemne en que el

pueblo iba a decidir sobre su status político, tan estrechamente ligado a su progreso.

Ante esta situación, Muñoz tuvo que hacerse cargo de la campaña del plebiscito, que fué la más enérgica de toda su vida. Condujo al Estado Libre Asociado y al Partido Popular a una decisiva victoria. Antes, en medio de la campaña, el Gobernador había visto claramente la necesidad de comprometerse a no ser candidato a la reelección. Fué una decisión responsable, que repitió varias veces entre marzo de 1967 y enero de 1968.

Si Sánchez hubiera persistido en su decisión de no postularse, la rivalidad entre los otros candidatos no le habría hecho daño al Partido Popular, como se vió claramente en la asamblea del 21 de julio.

El Gobernador, no obstante, quebró su decisión de no volver a La Fortaleza; la retiró y la anuló, haciendo inevitables las tensiones que surgieron en el Partido Popular.

La contradicción entre las palabras y las acciones de Sánchez es tajante. Declaró repetidamente, antes de irse al Partido del Pueblo, que era popular y que creía en el programa del Partido Popular. Sus acciones, no obstante, iban dirigidas a restarle fuerza al Partido Popular y, en consecuencia, a darle fuerzas a los partidos adversarios que se oponen al programa que Sánchez decía favorecer. No me cabe duda de que la razón de esa contradicción fué que Sánchez no pudo ser el candidato del Partido Popular a la gobernación. De haberlo sido, no estaría debilitando la fuerza que respalda al programa en que decía creer, porque hubiera necesitado esa fuerza para satisfacer su aspiración política personal.

Todos estos hechos le plantean a los populares un serio dilema. Porque, sea cual fuere la opinión que los populares tengan sobre la persona del Gobernador, ¿pueden en conciencia permitir que se ponga en peligro la unidad del Partido Popular y, en consecuencia, robustecer la oportunidad de los partidos que se oponen a su programa? ¿Van a actuar para destruir la obra que tanto esfuerzo costó, la esperanza de tantas vidas?

El Propósito de Puerto Rico

Aún cuando estaba en el ojo de la tormenta de las candidaturas, Muñoz Marín no perdió de vista algo de mucho más substancia— darles a los puertorriqueños, y en particular a las nuevas generaciones, un ideal de cultura y un propósito de vida. Este propósito quedó plasmado en la legislación que aprobó este año la Legislatura para comenzar a implementar el plan de siete a diez años que se conoce como El Propósito de Puerto Rico.

El Propósito aspira a darle mayor calidad y profundidad a la educación, multiplicando las oportunidades de los niños, jóvenes y adultos, mejorando la preparación y la remuneración del magisterio y creando nuevos incentivos para el desarrollo de los talentos estudiantiles; a eliminar la pobreza y el desempleo que quedan, mediante la creación de la Administración de Derecho al Trabajo y asegurando a cada familia un ingreso mínimo a cambio de tareas socialmente útiles, como el trabajo y el estudio; a establecer un balance entre lo urbano y lo rural, dotando a campos y pueblos de facilidades equivalentes de vida; a establecer un balance empresarial, con una mayor participación de los hijos del país en las decisiones de la empresa privada; a vigorizar la salud, asegurando a los ciudadanos, especialmente a los trabajadores y a la clase media, igualdad en la calidad y el acceso a los servicios médicos y, finalmente, con una alta prioridad que no fue posible hasta ahora, cuando los frutos de la economía se han multiplicado, al desarrollo integral de la cultura mediante la creación de nuevos incentivos al esfuerzo intelectual, científico, artístico y estético.

Tras ese propósito, Muñoz aspira a crear "una comunidad contemporánea de generaciones, enérgicas y sabias en su solidaria unión de conciencias", como la mejor forma que tienen de servirle a Puerto Rico lo que él ha llamado "la juventud entusiasta y la madurez fogueada en las luchas".

"Ni la juventud ni la vejez" —ha dicho— "son issues en este tiempo de nuestra historia. Es a base de la solidaridad de generaciones y voluntades que ha de buscarse la realización de los ideales de vida de Puerto Rico."

Refiriéndose a los jóvenes y a los veteranos, también ha dicho: "Yo soy parte de ambos. De lo que no soy parte es de facciones que dividen. Yo he sido y soy líder de puertorriqueños y compañero de populares." Para Muñoz, la palabra "participación" es una verdad profunda del nuevo tiempo en Puerto Rico, no un tema de propaganda ni muleta de la ambición.

Si Puerto Rico logra aglutinarse tras un propósito de vida y una esperanza de civilización, si logra la gama de generaciones y energías a que aspira Muñoz Marín, si consigue encauzar por los caminos del bien las insatisfacciones y energías creadoras de la juventud, es muy probable que algún día se le mire como a un pueblo que, además de su capacidad imaginativa para auparse por sobre las estrecheces económicas, supo crear una excelente cultura de ejemplar dignidad, alegre igualdad y buena convivencia humana. Me parece que ésta es la gran contribución que nuestro país podría hacer a un mundo profundamente dividido por los conflictos ideológicos y raciales, las ambiciones personales y colectivas, la inseguridad del hombre ante las guerras y las armas nucleares, el descontento que generan las aún graves injusticias y desigualdades humanas, los males sociales que surgen frecuentemente de la abundancia misma de bienes materiales, el fracaso de algunos sistemas educativos e instituciones de alta enseñanza, el deterioro de la fábrica social y de la institución familiar, la corrosión del sentido religioso, y la ansiedad natural de los jóvenes por hacerse dueños de sus propios destinos.

Es a este ideal de vida que Muñoz Marín se propone dedicar su acción en los años por venir. Es un ideal de vida digno de este pueblo. Es la decisión que el pueblo tiene ante sí en los próximos tres meses.

Indice

		Pág.
	Unas Palabras del Autor	3
Capítulo 1	El Disloque	5
Capítulo 2	Telón de Fondo	7
Capítulo 3	"Los 22"	8
Capítulo 4	"El Elegido"	9
Capítulo 5	¡Ahora o Nunca!	12
Capítulo 6	"¡Se Puede!"	15
Capítulo 7	El Drama de Mayagüez	17
Capítulo 8	La Contrarrevolución	20
Capítulo 9	La Tormenta	23
Capítulo 10	El Virus	27
Capítulo 11	4 Horas Cruciales	28
Capítulo 12	La Asamblea	30
Capítulo 13	25 de Julio	32
Capítulo 14	Crisis de Confianza	33
Capítulo 15	"La Adquisición"	37
Capítulo 16	El Dilema	39
Capítulo 17	El Propósito de Puerto Rico	42

IMPRESO EN PUERTO RICO POR
RAMALLO BROS. PRINTING, INC.
DUARTE 227, HATO REY